

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DEL P. MANUEL OLIMÓN NOLASCO
SERVIDOR FIEL: EL CARDENAL ADOLFO SUÁREZ RIVERA 1927-2008

P. Miguel Concha Malo o.p.

En mi opinión, resulta difícil reseñar en unas cuantas páginas el contenido de un libro, no únicamente voluminoso, sino sobre todo tan rico en descripciones y análisis de momentos y situaciones tan importantes para la vida contemporánea del país y de la Iglesia católica en México, algunos de los cuales no conocidos hasta el momento, y con tantas observaciones, apreciaciones e interpretaciones tan significativas y acertadas sobre los acontecimientos que expone.

En mi opinión se trata no solamente de una biografía, aunque cumple cabalmente con las exigencias históricas y literarias de un escrito de tal tipo, sino de una historia biográfica a propósito de la vida y trayectoria del Cardenal Adolfo Suárez Rivera; o más bien de una biografía elaborada con los criterios de una investigación histórica sobre el mismo personaje, pues tiene el propósito de enmarcar y de contextualizar los principales acontecimientos de la vida del Cardenal, para percibir mejor su importancia y significado. Todo ello llevado a cabo en una prosa sencilla y clara, salpicada de anécdotas, reportajes y recuerdos, que la hacen muy viva, directa y concreta.

Como el mismo autor señala en sus advertencias desde el Prólogo, la comprensión menos inadecuada de una personalidad con tantas facetas públicas como la del Cardenal Suárez, "sólo podía lograrse entretejiéndola con los avatares y las complejidades del Siglo XX". Lo cual él, historiador de profesión, y especialista en la historia contemporánea de la Iglesia católica en México, lleva a cabo recurriendo a fuentes hemerográficas de primera mano, personales o no, pues el autor ha publicado también diversos artículos en la prensa nacional, rigurosamente seleccionadas, y a documentos personales inéditos propios, y apuntes celosamente guardados, de conversaciones y recuerdos con su biografiado. Sin olvidar tampoco que él mismo ha sido testigo, e incluso en ocasiones protagonista de algunos de los acontecimientos en el libro reseñados.

Como él mismo señala desde el principio, este otro tipo de documentación, que a mi ver se acomoda mejor precisamente con una biografía, tiene también indudablemente su valor en una obra histórica, pues nadie posee la objetividad pura, "y también las aportaciones de la subjetividad perfilan muchas veces algo más auténtico y rico, al transformarse en testimonio".

Dicho lo cual, confieso que comparto la opinión del autor, en el sentido de que el Cardenal Adolfo Suárez Rivera "fue uno de los hombres más valiosos con que contó la Iglesia mexicana en el Siglo XX", pues aparte del hecho de que también tuve la ocasión de tratarlo personalmente en varias ocasiones de mi vida, siendo Prior Provincial de los Frailes Dominicos, en las que pude disfrutar de su amistad, su aprecio, comprensión y estímulo, conservo el testimonio de mi hermano Fray Raúl Vera López, actual Obispo de Saltillo, a quien le dio posesión cuando fue nombrado Obispo Titular de esa Diócesis, como metropolitano que el Cardenal era de esa región jurisdiccional eclesiástica del norte del país, por ser ya entonces él arzobispo de Monterrey. Cuando le platicué sobre este libro a Fray Raúl, su reacción inmediata fue, "¡Ah!, el Cardenal Suárez. Lo traté mucho durante los esfuerzos del Episcopado Mexicano por contribuir a la pacificación en Chiapas. Siempre me pareció una persona honesta, comprensiva, libre, inteligente, delicada, preocupada por la gente y comprometida sinceramente con la labor pastoral de la Iglesia". Y cuando por presiones políticas del gobierno, el Vaticano insólitamente y sin advertencia removió a Monseñor Raúl Vera López como Obispo Coadjutor con derecho a sucesión de Monseñor Samuel Ruíz García en la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, el Cardenal Adolfo Suárez comentó con Monseñor Sergio Obeso, como recuerda el autor de nuestro libro, "le va a doler, pero lo va a hacer bien".

Luego de los primeros cinco capítulos, en los que el autor nos descubre acontecimientos muy significativos e influyentes de su núcleo familiar en su vida personal en San Cristóbal de las Casas, de los primeros años de su educación, que tanto lo marcaron para su posteridad, de su vocación sacerdotal, su formación en el seminario y sus estudios en Roma, el autor parece irnos descubriendo en escenarios posteriores y en círculos concéntricos la importancia de la trayectoria del Cardenal Adolfo Suárez en acontecimientos trascendentales para la vida nacional y la Iglesia en México. Subrayo por su importancia su participación como colaborador activo en los trabajos de la llamada Unión Mutua de Ayuda Episcopal, que basada en la colegialidad de los Obispos, impulsada por el Concilio Ecuménico Vaticano II, promovía la solidaridad de personas y recursos entre las Diócesis, para fortalecer sobre todo la presencia de la Iglesia en las regiones más pobres y necesitadas del país. Su labor pastoral posterior en la Diócesis de Tepic fue igualmente original y de nuevo cuño, por su actitud cercada con sus sacerdotes y fieles, su caridad pastoral, y su preocupación por la renovación conciliar. En sus propias palabras, podría decirse que ya desde aquel tiempo llevó a cabo las recomendaciones que el Papa Francisco hizo recientemente a los Obispos latinoamericanos en Río de Janeiro, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud: "Ser pastores cercanos a la gente, sencillos y austeros, hombres que no tengan psicología de príncipes, que no sean ambiciosos". Instándoles además a "ser pastores, cercanos a la gente, padres y hermanos, con mucha mansedumbre, pacientes y misericordiosos, hombres que amen la pobreza, sea la pobreza interior, como libertad ante el Señor, sea la pobreza exterior como simplicidad de austeridad de vida".

Y es pertinente insertar aquí lo que el autor nos dice acerca del fuerte impacto que el Concilio Ecuménico Vaticano II produjo en la vida, el pensamiento y la acción de este hombre de Iglesia, a quien personalmente califica, quizás llevado por su experiencia de trabajo personal con él, y sobre todo por el afecto y la colaboración estrecha que en muchas circunstancias importantes de la vida de la Nación y de la Iglesia se dio entre los dos, como "el hombre más valioso de la Iglesia mexicana": "De ese acontecimiento —Nuevo Pentecostés para su Santidad Juan XXIII— recibió la fuerza y la luz quien, a partir de su niñez en el inquietante y a la vez cariñoso ámbito de los altos chiapanecos, y de la peculiaridad multicolor de la ciudad de San Cristóbal de las Casas, de tal manera respondió a los estímulos de la vida, que pudo, al paso de las décadas y de los años transformarse en el hombre más valioso de la Iglesia mexicana".

Por ello el Cardenal Suárez, siendo Obispo de Tepic, Arzobispo de Tlalnepantla, o Arzobispo de Monterrey, supo ser al mismo tiempo diligente y responsable al frente de las Diócesis que le encomendaron, sin faltar con particular cuidado a su corresponsabilidad con las demás Iglesias particulares del país, ya sea como miembro de la Conferencia del Episcopado Mexicano, como su Presidente, o como participante activo en las actividades a las que convocaba entonces el Consejo Episcopal Latinoamericano. Muy bien traída me parece a este respecto la cita que el autor hace de la reflexión del Cardenal Achille Liénart, Obispo de Lille, Francia, en el Capítulo 9 de su libro: "El Concilio nos ha hecho ver un aspecto de nuestra Iglesia que no conocíamos. Sabíamos que el Papa, sucesor de San Pedro es, según voluntad de Cristo, Jefe supremo de toda la Iglesia. Pero sabíamos menos que los Obispos son, junto a él, responsables de ella... Este descubrimiento debe alargar singularmente la idea que nos hacemos de la Iglesia. Ésta se nos presenta muchas veces como una gran administración, como un poder central que está en Roma y con subdivisiones diocesanas, a la cabeza de las cuales el Obispo es una especie de funcionario. Pero ella es un cuerpo vivo, cuerpo cuyos miembros están estrechamente atados a la cabeza, que es Cristo Resucitado, representado visiblemente por el sucesor de San Pedro. Y los Obispos son precisamente la atadura vital por la que todos estáis, sacerdotes y fieles del mundo, en unión con él.

Sobresale por ello posteriormente el gran círculo de su participación, igualmente activa, inteligente, delicada, pero firme en la trascendental reforma del artículo 130 de la Constitución, y en el comienzo de los cambios en el marco jurídico nacional sobre las creencias religiosas, las Iglesias, sus instituciones y representantes. Comparto con el autor su apreciación de que en efecto detrás de los logros que se obtuvieron con este esfuerzo, se encuentra la acción callada, discreta, inteligente, bien informada, documentada, pero firme del Cardenal Suárez. "El papel del delegado apostólico y la voluntad política del presidente Salinas —afirma en el Capítulo Decimoséptimo— fueron relevantes, pero la silenciosa, decidida y firme acción de don Adolfo Suárez, con su conocimiento claro del modo de ser mexicano y del estilo de la política nacional, fue determinante". Y comparto también su juicio de que los cambios abiertos en esta materia deben fortalecer a la sociedad, y no únicamente buscarse como la consolidación de dos instancias, la Iglesia y el Estado. "Es innegable —retoma el artículo que publicó, bajo el título "Normalización para la concordia", el año 1992 en el IMDOSOC— que la sociedad política sigue teniendo responsabilidades, pero viene a ocupar un sitio primordial la necesidad de adecuar las actuaciones de las sociedades religiosas con el comportamiento real de la sociedad civil". Así como su apreciación de que posteriormente no se siguió en este asunto, "con el cuidado y delicadeza que se mantuvo durante las presidencias de la CEM de Monseñor Obeso y Suárez Rivera". La lectura que hizo del establecimiento de relaciones diplomáticas entre México y el Vaticano, fue eminentemente en clave pastoral y no política: "Los nuevos tiempos —expresó luego de un espacio de silencio—, las nuevas relaciones, deben ser un signo positivo. Hay que aprovechar la oportunidad que representan. No debemos espantarnos ni generar falsas expectativas... La Santa Sede busca la promoción permanente de la justicia social, el bien común, la verdad y la fraternidad entre las naciones y el respeto a la persona humana. Y éstos son, sin duda, metas y anhelos de nuestro pueblo... Cada uno en su respectiva esfera, con respeto y confianza, la Iglesia y el Estado, deben procurar acciones en favor de los desvalidos".

Viene luego el intenso círculo de su acompañamiento, junto con otros Obispos, designados por el Episcopado Mexicano, en el proceso de pacificación en Chiapas, que tantos sinsabores y dolores de cabeza le causaría después, dentro y fuera de la Iglesia, por su posición honesta y comprensiva en la defensa de la acción pastoral de Don Samuel y de la Diócesis de San Cristóbal, incluso antes del levantamiento zapatista. "Si el curso del conflicto en Chiapas pareció ir más o menos bien orientado hacia su cese —afirma en el Capítulo Vigésimo Segundo de su libro— siguieron adelante efectos colaterales. El principal de ellos —que afectó mucho a don Adolfo Suárez, y que ya llevaba cerca de un año desarrollando sus tentáculos— fue la insistencia de que don Samuel Ruiz dejara la Diócesis de San Cristóbal", víctima de prejuicios y maledicencias por parte de círculos de poder económico y político en aquella entidad. El nuncio, Monseñor Prigione, "muchas veces manifestó cierta urgencia en que se removiera a don Samuel, y consiguió que hubiera personas que no sólo lo expresaran en comentarios en círculos de influencia, sino en la prensa mexicana. Es más, no faltaron los que gratuitamente llevaron informaciones al Vaticano. Y éstos aprovecharon la oportunidad para señalar a Monseñor Suárez como seguidor de la línea de Ruiz, con toda la carga que tal acusación llevaba a espaldas". El autor narra cómo gracias a la propuesta del Cardenal de México, Ernesto Corripio Ahumada, secundada por él y por el arzobispo de Jalapa, Monseñor Sergio Obeso, don Samuel pudo una noche justificar en Los Pinos, y frente al presidente, que ni él, ni oficialmente su Diócesis habían alentado, y mucho menos organizado el levantamiento zapatista. Es más, que él había advertido desde antes a las autoridades que éste ya se estaba preparando, por la falta de respuesta a las justas demandas de las comunidades indígenas.

Y es a partir de aquí donde se engarza el siguiente círculo de la vida ejemplar del Cardenal. Los hostigamientos, descalificaciones y persecuciones que tuvo que enfrentar, desde dentro y fuera de

la Iglesia, por hacer frente con honestidad a los prejuicios y malinterpretaciones del compromiso ejemplar de don Samuel por la pacificación en Chiapas, pues como dice el autor del libro en su Capítulo Vigésimo Cuarto, "había quienes no podían entender y menos soportar el apoyo incondicional a la verdad, que tomaba forma en la defensa a la persona de Monseñor Ruiz García. A esos oídos sonaban muy mal palabras como 'don Samuel ha sabido ser puente... instrumento de comunicación, factor relevante en la búsqueda de la paz. Todo esto con especial dignidad y rara claridad'". Circunstancia que lo llevó nada menos que a tener que padecer presiones desde la misma Nunciatura para presentar su renuncia como arzobispo de Monterrey, con la lamentable participación de los Legionarios de Cristo, y en particular de su más que cuestionado fundador. Así lo cuenta él mismo en el libro que estamos comentando:

En ambientes empresariales, sobre todo donde tenía influencia Federico Muggenburg, asesor de algunos de sus organismos, se hacía una "campaña" un poco "con sordina" sobre mis posturas "de izquierda" y hasta "comunistas". La intención era que yo saliera de Monterrey. Todo esto, desde luego, con el pretexto —que ya cansaba— del apoyo, según ellos por incondicional casi irracional a don Samuel. A esto contribuyó tanto en México como en Roma el padre Maciel, el Superior de los Legionarios de Cristo, quien dio a sus seguidores una especie de "consigna" al respecto, como todas las suyas, en las sombras, para ayudar a otros, desde luego. Mantuve correspondencia con él y le expuse eso que yo sabía. Me contestó explicándome que él le había preguntado a los Padres Legionarios acerca del asunto y que ellos "en consecuencia" le habían dicho que de ellos no había nada en ese sentido, que eran fieles al Papa y a la Iglesia.

Fue una correspondencia que finalmente decidí no seguirla, pues me pareció inútil. Federico Muggenburg recibió la noticia de mi renuncia en la Nunciatura. Se esperaba —pues la estaban preparando algunos— una publicación bastante llamativa en el periódico *El Norte*. Por eso adelanté el anuncio un día y el efecto fue diferente. Hubo desde antes cierto nerviosismo, mandaron a Roma una terna de emergencia en enero de 1997 y después otra. Los empresarios (algunos) quisieron y han querido influir en las decisiones.

Como afirma el autor, felizmente con esto la renuncia quedó conjurada. Pero las heridas recibidas por don Adolfo, teniendo en cuenta sobre todo su carácter, "lo marcaron bastante y contribuyeron a manifestaciones depresivas más señaladas en su vida cotidiana".

Otro círculo más local que vale la pena subrayar, que flotaba en el ambiente desde que el Cardenal Suárez defendía a Monseñor Ruiz, incluso, como he dicho, frente a amenazas que pretendían responsabilizarlo judicialmente del levantamiento armado zapatista, es el de las presiones que tuvo también que padecer para que expulsara de la Arquidiócesis de Monterrey a los jesuitas. Es también otro de los datos significativos que reporta el autor en su libro, y de los cuales únicamente sectores especializados, o muy cercanos a los afectados, tenían vaga noticia. Sé muy bien que no es usual el citar párrafos de los escritos que se comentan en una presentación, pero dada su importancia, también por el sitio en que nos encontramos, voy a tomarme la licencia de hacerlo. Al fin y al cabo fuimos también otros en ese entonces los que de alguna manera padecimos también las marginaciones y deslegitimaciones sobre todo políticas, y no tanto teológicas, de los jesuitas en Monterrey. Como testigo directo, reporta el autor el incidente durante una cena en casa de Alejandro Romo Garza y María del Consuelo Rangel Garza, con las siguientes palabras.

Estuvimos presentes esa noche la esposa de Alonso Romo Garza, en ese momento presidente del grupo "Pulsar" ("Maca" chica) y sus padres, el anfitrión Alejandro y María del Consuelo Rangel Garza, conocida familiarmente como "Maca", la señora Florencia Infante de Garza, presidenta del Patronato del "Hospicio Ortigosa", el padre Alonso Garza Treviño ("Padre Loncho"), ecónomo de la

arquidiócesis y quien escribe estas líneas. El ambiente, tenso desde el principio, se caldeó con relativa facilidad y "Maca chica" (la esposa de Romo) arremetió de manera poco respetuosa contra los jesuitas y su presencia en Monterrey e indirectamente contra el cardenal, "que los había dejado entrar". Alejandro Garza, acusó con palabras menos emotivas y que parecían calcadas de *Beacon Notes* a Suárez de promover la "teología de la liberación". (Al oírlo pensé: ¿Podrá este señor definir la teología de la liberación?) El ataque a don Adolfo fue muy claro y no pude dejar de intervenir en un tono poco amable, pues el nuncio "le echó leña al fuego" hablando de un sagrario del noviciado jesuita en que se representaba, según él, a un guerrillero o tal vez a "Cristo guerrillero". Le dije a Alejandro Garza: "lo que usted está diciendo es lo que le dictó su jefe Maciel". El cardenal guardó silencio.

Como afirma el autor, ni el Cardenal pidió después de esto el retiro de los jesuitas, ni había sido él quien los había invitado a trabajar en la Arquidiócesis, sino su antecesor.

Es importante añadir que en todas estas circunstancias el Cardenal dio muestras de una interpretación activa y propositiva, apegada a las situaciones concretas que se vivían, a las enseñanzas del magisterio católico en materia social. Es decir, supo enriquecerlo con sus propias aportaciones en problemas tan graves como el del control de la natalidad, el de la situación general del país, el Tratado de Libre Comercio, la transición democrática y los procesos electorales.

Y no quisiera concluir mi comentario sin referirme también literalmente a lo que el autor reporta en su libro sobre las causas y la forma como se llevó a cabo la remoción de Fray Raúl Vera López como Obispo Coadjutor de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, con derecho a suceder a don Samuel Ruiz García:

"En julio de 1999 Rosario Green, secretaria de Relaciones Exteriores, en compañía de Emilio Rabasa Gamboa, quien tuvo entre 1998 el cargo de coordinador del diálogo y la negociación en Chiapas dentro de la Secretaría de Gobernación, estuvieron en Castelgandolfo, la residencia papal veraniega, y trataron el tema con altos funcionarios de la Secretaría de Estado, tal vez con el propio cardenal Sodano".

"Preocupación especial —y no sólo dentro del gobierno— existía respecto al obispo coadjutor, don José Raúl Vera López, quien permanecía en esa Iglesia local chiapaneca desde 1995 en espera de suceder a don Samuel Ruiz, pues eso significa ser *coadjutor*. En su peculiar estilo resumió éste su experiencia y lo que significó la noticia que recibió a punto de concluir el año 1999":

[yo] no estaba frente a una personas con doblez o cerrada; hablaba con alguien abierto, transparente. No había nada oculto en don Samuel. Él no me forzaba a nada y además, con una humildad impresionante. Yo llegué como sucesor de don Samuel y así me presentaron a las comunidades indígenas... Se amalaron, se amalaron todos los que pensaron que don Samuel y yo íbamos a salir peleados de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, porque después de ocho años que trabajamos juntos salimos hermanos.¹

"De forma inesperada, dentro del periodo vacacional navideño, el 30 de diciembre de 1999, se dio la noticia de que don Raúl había sido nombrado obispo de Saltillo en lugar de quien había llegado a la edad de retiro, monseñor Francisco Villalobos Padilla. Comentó monseñor Vera":

[...] A mí me sacaron antes; era yo el obispo coadjutor, o sea el sucesor de don Samuel, porque si él hubiera terminado su período, yo habría quedado como obispo titular y con esto hubiera sido el sucesor prácticamente de un Bartolomé de Las Casas [...]

Cuando el Papa me nombró obispo de Saltillo, en ese momento dejó de ser coadjutor. Y obedecí esa orden a pesar de que estaba enamorado del proceso de Chiapas y a pesar, también, de que no se me tomó en cuenta para la decisión. Obedecí porque de no hacerlo, hubiera puesto en un

¹ "Raúl Vera López", entrevista en *La Jornada Morelos*, 30 y 31 de julio y lo. de agosto de 2007, publicada en: Lya Gutiérrez Quintanilla, *Los volcanes de Cuernavaca*, Cuernavaca, 2007, pp. 312s.

predicamento a don Samuel; hubiera dicho: "Mira cómo lo contaminó. Tan bueno que era Raúl antes de llegar a Chiapas".

Eso sí, al nuncio apostólico, que en ese momento era Justo Mullor, le externé mi inconformidad por sacarme de Chiapas. Incluso le dije: cuando entré se desataron las habladurías que decían que yo llegaba a dañar a don Samuel y con mi trabajo las paré. Pero ahora, que me mueven de ahí, la gente dice que es porque no me presté a hacer lo que ustedes querían que hiciera y que por eso no quedé de sucesor.

Me molestó también y le manifesté francamente mi inconformidad, porque me llegaron dos notificaciones de Roma: en una no decía nada de mí, sólo mi nuevo nombramiento; pero la segunda, con media hora de diferencia, elogiaba mi trabajo. Se me explicó que un cambio de nombramiento sólo lo puede hacer el Papa [...]

[...] Es claro —comentó el cardenal Suárez— que en Roma se brincaron al Nuncio.

Concluyo diciendo que recomiendo mucho la lectura del libro que estamos comentando, no únicamente porque no son muchos los libros que presentan en México las biografías de personalidades eclesíásticas contemporáneas, sino sobre todo por la originalidad de una figura tan relevante para la historia de la Iglesia en México en el Siglo XX, y por la cantidad de datos inéditos y descripción de circunstancias significativas que en él su autor nos presenta, datos que incluso trascienden a la vida de la Iglesia.

Universidad Iberoamericana
Santa Fe. DF
4 de noviembre de 2013